
Nadie da lo que no tiene: una máxima para quienes hacemos del magisterio una forma de vida

Chess Emmanuel Briceño Núñez

Maestro en Ciencias de la Educación. Coordinador del Departamento de Idiomas. Colegio Anglo en Matão, Sao Paulo, Brasil. chesspiare@gmail.com

Año 2007, comencé a estudiar la Licenciatura en Educación mención Lenguas Extranjeras (con una especialización en los idiomas inglés y francés), ya para el término del primer periodo académico, estábamos en la última clase de la asignatura “Taller de Sensibilización Profesional”. Habíamos cumplido con todo el programa curricular, por lo que la profesora decidió aprovechar la ocasión para dar respuesta a las distintas inquietudes de los estudiantes-futuros docentes. Finalmente llegó mi oportunidad, era quizás la última vez que podría aprovechar ese caudal de conocimientos y experiencias magistrales que impactaban mi vida y me llenaban de tantas ideas y expectativas, que me alentaban a ser la mejor versión de ese docente que se estaba gestando, entonces pregunté sin vacilar: *Profesora si tuviese que escoger una sola enseñanza, la enseñanza de oro ¿cuál sería?*, parece que no era la primera vez que la profesora compartía esa perla de gran precio. Con la solemnidad que sólo arropa a los mejores y más experimentados maestros ella hizo una pausa, sonrió y sin vacilar dijo: *Profesor: Nadie da lo que no tiene*. Con la imprudencia que justifica la juventud pregunte, casi inquiriendo: *¿Y eso qué significa?* Me está dejando igual, que como estaba antes de preguntar. Impávida y parsimoniosa, mientras levantaba la ceja replicó: *Profesor, la vida en el magisterio es un transitar largo, no se preocupe que usted tendrá toda una vida para descubrir de que se trata, sólo que no olvide esa frase*.

No fue sino hasta el año 2010, en enero, cuando al comenzar a desempeñar funciones de docente en un colegio rural, comencé a aprender lo que eso significaba. El trayecto para llegar a mi lugar de empleo me era extraño, nunca había transitado esa comunidad que se encontraba en tierra montañosa. El verde de las plantas, el azul del cielo, y el marrón de la tierra cobraba todo el protagonismo y parecían ser los nuevos colores primarios, o dicho de otra manera parecía que mi retina ahora se iba a alimentar de esos colores.

-Trabajar en el campo. ¿A quién se le ocurre que los jóvenes de un colegio rural necesitan aprender inglés y francés? ¡No señor! Necesitan educación para el trabajo y desarrollo endógeno, no idiomas. Exclame en voz casi inaudible mientras hacía maromas para no caer al piso mientras descendía de ese Toyota rústico que era uno de los 3 autos que garantizaban el acceso a la comunidad. Ese soliloquio fue tal vez el más breve que he protagonizado, quizás el más encarnado y probablemente el más enardecido. Y el más desatinado. ¿Qué cambio? Todo, bastó con recordar la frase de oro: *Nadie da lo que no tiene*.

Como todo docente debutante estaba ansioso de aplicar cada teoría, cada tesis, cada propuesta, cada metodología, cada enfoque. En mi mente tenía un baúl repleto de técnicas, estrategias, métodos y propuestas por aplicar. Deseaba que todo aquel conocimiento idílico que aprendí en las aulas de mi amada universidad sirviese de modo efectivo para convertirme en mi mejor versión. Así que decidí que primero lo primero: un diagnóstico. Comencé a pensar en qué sería mejor: ¿un test? ¿Un cuestionario? ¿Una clase magistral? ¿Una prueba psicométrica? ¿Una clase participativa? Como buen docente, contaba con un plan a, un b, un c, un d y hasta un e (cosa que en esa época me pareció exagerado, pero como bien ya se sabe, un maestro nunca tiene suficientes planes de respaldo), decidí llegar a ese territorio desconocido, más que un aula de clases en ese momento me pareció un lienzo blanco. Me dije: *Maestro, puedes hacer lo que quieras, sólo que hazlo bien*.

Con una oración en mi mente y en mi corazón le supliqué a Dios que me permitiese entregar lo mejor de mí a esos jóvenes desconocidos para mí, pero que eran bien conocidos para él. Y justo en ese momento recordé que hace algunos semestres y una venti-tantas asignaturas atrás aprendí que el ser educador es considerado a un apostolado, y esa fue la primera cosa que tuvo sentido para mí. Mi primera clase fue un intento infructuoso por conocer a mis estudiantes. Solicité que me digan sus nombres, su edad, si les gustaba el inglés y el francés o cualquier otro idioma y cualquier otra cosa. Debo confesar que fue frustrante obtener las mismas respuestas desdibujadas en el mismo patrón inerte, en cada uno de los doce cursos que tendría que atender. La primera semana como docente fue intolerable y dolorosamente frustrante.

Lunes, la oportunidad perfecta para comenzar, ¿quién no ama los nuevos comienzos? Parece que los estudiantes son la única clase de ser humano que en comunidad aman los lunes. No precisamente por las clases, sino por estar en esa etapa de su vida en la que las interacciones humanas son lo más importante, en donde se sienten parte de algo y donde desarrollan en el más amplio y mejor sentido los conceptos de equipo, grupo y comunidad. Bendito lunes que me permitió ver en mis estudiantes con ánimos renovados. Era el primer lunes que les veía, parecían felices y animados. Así fue como de manera intempestiva apareció ante mí y como pícara musa la frase de oro: *Nadie da lo que no tiene*. El primer destello de luz llegó como un relámpago inesperado. Entendí que no era suficiente con esperar que ellos estuviesen animados ante mí, entendí que si yo pretendía que ellos se mostrasen animados debía demostrarles un ánimo genuino y transparente. Yo debía demostrarme animado ante ellos.

Decidí comenzar la clase pidiendo a mis estudiantes que nos sentáramos en el piso y les confesé que es algo que me gustaba hacer con mis amigos, sentarme en el piso para conversar, y es que parece que estar allí sentados en el piso nos mantiene humildes y bien horizontales, bien iguales. Sin ahondar en detalles demasiado personales o innecesarios comencé a compartir con mis estudiantes mis sueños, mis anhelos, mis metas aun no conquistadas. Hablé con ellos de mi amor por la cultura en todas sus formas y expresiones y de cómo el abrazar la cultura en mi vida me había sostenidos en momentos difíciles y cómo había magnificado mis momentos de felicidad.

No fue sino hasta después de que escuchásemos el timbre avisando el fin de la clase que percibí que no era una presentación. Sin darme cuenta (quizás sin darnos cuenta) el encuentro se tornó en una conversación grata en la que ellos comenzaron a conocerme, comenzaron a apreciar que tras el rol de profesor de idiomas existía un ser humano con el que podrían identificarse a partir de algunas similitudes y hasta de muchas diferencias. Descubrí que la comunicación efectiva resultaba una herramienta fascinante y útil para mis fines diagnósticos pero también para alimentar mi sentir vocacional y mi parte humana. Tuve la oportunidad de repetir el ejercicio comunicativo 12 veces. Y

cada vez, desde un ángulo distinto re-aprendía el valor de esta nueva herramienta: la comunicación empática y efectiva.

Comencé a hablar de manera sentida e intencional, para ser escuchado y comprendido por mis estudiantes. Comencé a darles lo mejor de mí. Al preparar las clases pensaba en sus gustos, en sus necesidades específicas, en sus sueños, en sus actividades favoritas, en sus carencias, en sus emociones, en sus aspiraciones, en sus temores, en sus desafíos. Empecé a buscar alternativas viables y significativas para que el aprendizaje de idiomas no fuese una carga (probablemente para muchos si lo fue, pero nunca hubo la intención de mi parte). Ya desde el acto docente pude garantizar que los tan necesarios contenidos programáticos fuesen desarrollándose a la par que iba ganando el respeto, la confianza, el cariño y en algunos casos hasta el amor de mis estudiantes.

Con el paso de los días, la frase empezaba a tener sentido. ¡Que fortuna la mía! Al no tener que sufrir durante años el infortunio que llega al no lograr la conexión con los estudiantes. Que dicha tan grande y que sentimiento de plenitud al darme cuenta que no podía dar a mis estudiantes algo que yo no tenía. No podía esperar que ellos confiaran en mí si yo no confiaba primero en ellos, no podía esperar que ellos se esforzaran por entender mi clase si yo no me esforzaba por entender que ellos tenían otras clases más. No podía esperar que ellos actuaran empáticos y animados para conmigo, si yo mismo no era capaz de tener esa empatía y ese ánimo tan anhelados por mí. Esa para mí es la esencia del magisterio: Tener para dar. No es simplemente mediar entre el conocimiento y el estudiante. Es considerar lo que ellos aún no saben que necesitan y hacerles ver lo significativo que sería al tenerlo. Es entregárselos con fuego, con pasión, con compromiso, con vocación, con respeto, con empatía, con simpatía, con firmeza, con amor.

Ahora esa frase es una máxima de vida. Y todo porque entendí, aprendí, comprendí, experimenté, aprehendí que como docente no puedo esperar recibir de mis estudiantes algo que primero yo no les he dado. Pero para poder darles a ellos ese algo, necesito buscarlo, conseguirlo, tenerlo y apropiarme yo primero para luego entregárselo a ellos, porque después de todo: *Nadie da lo que no tiene.*